

ADIÓS A CHINA



ADIÓS A CHINA

*Catorce mil kilómetros
por un gigante en transformación*

Suso Mourelo

INTERfolio

*A María,
que sopló las velas del fantástico sampán*

CHINA





ÍNDICE

<i>CHINA TRAS SU ADIÓS</i>	13
<i>EN EL CAMINO</i>	21
<i>POR LOS CAMINOS DE HIERRO</i>	59
<i>POR LOS CAMINOS DE AGUA</i>	259
<i>EL CAMINO A CASA</i>	347

CHINA TRAS SU ADIÓS

Prólogo a la segunda edición

Viajé por primera vez a China en 1999, en vísperas del 50 aniversario de la fundación de la República Popular. Lo que encontré en aquella ocasión fue, en términos economicistas, un país oscuro y pobre con islotes de capitalismo; un medio rural miserable y una industria anticuada con unos cuantos nuevos ricos como chispas de distinción.

Pero, más allá, descubrí un lugar que se había arrojado a una transformación vertiginosa, en una marea colectiva. Según los expertos, el salto de la República Popular en los últimos años no tiene parangón en la historia de la humanidad. Supongo que es cierto. Sin embargo, la auténtica revolución no es la económica, sino la mental, la que

protagoniza cada uno de esos cientos de millones de personas, que se ha creído la oportunidad de cambio y la ha personificado.

La China que visité, y me maravilló, a finales del siglo XX mostraba un optimismo y una ambición como no he visto en ningún otro país. Entonces los periódicos occidentales apenas sacaban breves sobre ese lugar y casi siempre narraban sucesos: mineros muertos, terremotos, desbordamientos de ríos, escuelas incendiadas porque los niños fabricaban fuegos artificiales para mantenerlas. Apenas se encontraban libros sobre el país y los volúmenes de autores chinos, novela o poesía, constituían una rareza. Sólo han transcurrido diez años, pero parece que haya transcurrido una era. Y quizá haya pasado. Ahora las noticias que llegan de allí aparecen en la sección de Economía, y algunas, en la de Cultura. Sin duda, ha trascurrido mucho tiempo. O mucho camino.

En aquel primer recorrido a través de ese país, que aún sonaba a exotismo y misterio, hablé con campesinos, con empleados públicos, con religiosos, con empresarios pioneros, con directivos, con profesores y, con frecuencia, con estudiantes: los que habían de representar el futuro de una nación que aspiraba, sobre todo, a ser la primera del mundo. Al margen de este sentimiento de destino colectivo y patriótico, lo que se respiraba, lo que me atrapó, fue la fuerza individual extraordinaria, la intensidad que exhalaba cada persona. No es que los chinos estuvieran a favor del cambio, sino que ellos, cada uno, encarnaban el cambio.

Pese a que su historia es la más antigua, parecían hijos de una sociedad recién nacida, sin la postración de África, sin el cansancio de Europa, sin el aturdimiento de América.

Pensé que el libro que escribí, *Adiós a China*, mostraba ese descubrimiento, el escalón desde el que una nueva revolución iba a transformar un país olvidado y el mundo entero. Ahora que lo vuelvo a leer siento que aquella profecía se ha cumplido: la vida cotidiana se ha llenado de pecados, o delitos, burgueses; los *hutongs* han cedido a los rascacielos; la población viste de colores; las autopistas cruzan la tierra; un barrio a las afueras de la capital es el nuevo Montmàrtre; el funcionariado ha disminuido; los científicos de Occidente emigran a China; el *yuan* compra empresas extranjeras; la gente ha engordado; los multimillonarios de *Zhong Guo* llenan la lista *Forbes*; el país ocupa la primera línea en el circo internacional y las potencias preguntan al hermano amarillo antes de intervenir en un país.

No poseo dotes de adivino, y quizá por eso soy curioso, pero tuve la suerte de vivir meses inmerso entre esa gente y me contagié de su espíritu. Alguna afirmación en el libro resulta errónea y, en ese caso, se debe a que me quedé corto, como ese tren Pekín-Lhasa que ahora atraviesa aquellos glaciares que me dieron por infranqueables y ahora, ya trazado, ha volcado la apariencia y la cotidianeidad de ciudades que conocí cuando apenas eran aldeas: estaba en China por última vez cuando el ferrocarril hizo su viaje inaugural y pensé que tal vez fuera cierto lo que alguien

me había dicho: «Nada es imposible». Por supuesto el desarrollo no ha llegado a todas partes y el campo sigue en tinieblas, pero el motor crece cada día y la transformación deglute en círculos concéntricos al resto.

En ocasiones, cuando me han invitado a hablar sobre ese mundo y me han preguntado si aquella China y la de hoy son *otro país*, trato de explicar que no, que se veía venir, que ese momento constituye la clave del presente porque sus habitantes llevaban en potencia el hoy; lo que sobre todo ha mutado es la percepción exterior hacia ellos.

Adiós a China, que nació por motivos personales ajenos a cualquier otra búsqueda de respuestas, lo explica y, creo, tiene más realidad ahora que cuando se escribió.

Sé que el regreso a un espacio y un tiempo en el que, por decirlo cursi, fuimos felices, siempre entraña el riesgo de la nostalgia y la falsificación; más en mi caso, pues, imagino que empujado por la mutación china, también cambié yo y, por dar una muestra, me convertí en el viajero que entonces no era.

El mismo país, aunque las ciudades me resultaran menos interesantes.

La segunda vez que llegué a China, volví a Pekín y atravesé algunas provincias del Norte. Éstas son algunas notas de los primeros días en la capital.

Mi pequeño *binguan*, el hotelito donde me había alojado, no ha crecido, pero ha madurado. Lo ha animado el nervio del entorno y se encuentra de mudanza a la

modernidad. Las guardias de planta han cambiado la tela marrón por blusas claras y ya no abren los cuartos cada vez que un huésped llega de la calle, porque ahora los viajeros reciben tarjetas en el mostrador de mármol. El restaurante, que antes quedaba a dos portales y cuya trastienda servía de dormitorio de empleados, se ha trasladado al piso superior, acristalado y con plantas.

En los dormitorios han sustituido la moqueta y sobre las camas, donde antes velaba una lista de normas y prohibiciones, brilla un mando a distancia; el termo se ha engalanado y se ha convertido en un *kettle* de diseño. Y algo más que no perdono: las ventanas, que antes daban a la calle y por donde presumía de ver los pies de China, están cegadas con mamparas.

—¿Por qué han cerrado los tragaluces?

—Es para proteger la intimidad de los clientes.

O para aislarlos del exterior.

El paisaje que me han robado, antes transpiraba vapor de cocción y aliento de cloaca y ya no huele a nada. Supongo que por todas esas mejoras las empleadas sonríen más, aunque siento que con menos cariño.

Aun así, mi hotel sigue anclado a cinco minutos de las cometas que vuelan en Tiananmen.

En la plaza todavía pasean familias pueblerinas y matrimonios jóvenes ante el inmenso rostro de Mao como fondo, aunque ya no posan firmes y en silencio para que los capture el fotógrafo ambulante, sino que se inmortalizan con móviles de última generación.

Cuando la conocí, Pekín me gustó tanto como Shanghai me resultó soberbia y desabrida, llena de habitantes con complejo de superioridad, donde todo lo visible se mostraba aseado y mercantilizado. Algo de eso le ha copiado la capital, con estas estudiantes engatusadoras que meten a los *laoways*, los guiris, en sus talleres con una sonrisa y una comisión. Escapo de los pícaros y vagabundeo hasta un callejón con puestos de comida donde solía venir a cenar. La noche sigue oscura y las letrinas abiertas; sin embargo, hasta aquí ha llegado el *lifting*. Entro en un restaurante minimalista en el que sirven caviar de pétalos de rosa y desde mi mesa diviso, al otro lado, el viejo puesto de pinchos morunos.

Es tarde, pero la cocina sigue en marcha. En una mesa, tres ciudadanos satisfechos, con trajes a medida, degluten una docena de platos y tragan agua mineral y cerveza europea. Nada de té, nada de licor de arroz. De pronto, estallan en carcajadas. Parecen desahogados, como la mujer bien vestida que espera a un hombre guapo. En esta misma acera, hace unos años, los restaurantes ofrecían la carta en chino, las mesas carecían de manteles y el alcohol se bebía caliente; los hornillos escupían humo de carbón y los hombres llevaban chaquetas grandes. Ahora las empleadas se han habituado a preguntar en inglés a los extranjeros.

Cerca de la medianoche, los cocineros se sientan a comer: la encargada se arma con un abanico y mata, una a una, las moscas que le señala la camarera.

De nuevo, la gran capital que impresionó a los viajeros vuelve a convertirse en el lugar inmenso y acogedor en el que todo es posible.

Cerca del hotel, sobre una maraña de viejos callejones, han trazado un parque lineal, o sólo estrecho, en el que por la noche señores respetables andan sin camiseta, una pareja se mira enamorada, los jubilados juegan a las cartas, los chiquillos imaginan el futuro, un solitario sesteá y una madre enseña a su hijo a caminar. La Cambaluc de Marco Polo no duerme y los habitantes de esta parte de la ciudad aplacan el calor entre arbustos, en un paseo de farolillas bajas que respetan la intimidad.

Al poco del paseo, la floresta se desvanece y se abren de nuevo las calles, paseos de comercios diminutos ante cuyas puertas se sientan los vendedores y sus hijos dormitan sobre cartones. Pekín come, camina, pedalea, llega, se sienta, juega, apuesta, aprende, enciende luces, espera, pero jamás descansa. Tal vez conspira para vengarse de quienes no la respetaron.

Suso Mourelo

Indianápolis, 2009

1



EN EL CAMINO

“Hago aquí a los lectores un aviso necesario por el que podrán conjeturar la grandeza de las cosas de China, esto es, que así como las cosas remotas a menudo suenan y parecen mayores de lo que son en realidad, en este caso es justamente al contrario, porque China es mucho mayor de lo que parece, y de ahí que haber visto China produzca una impresión muy distinta de lo que se oye o se lee a propósito, tal como he verificado en persona. Es preciso verla y no saber de ella de oídas, porque el oído nada tiene que hacer por comparación con la vista de todo aquello.”

HAN PASADO 430 AÑOS desde que el dominico portugués Gaspar da Cruz escribiera este párrafo en su *Tratado* sobre China. Y para mí, que he regresado a Occidente tras palpar la anatomía de ese país, sus palabras siguen siendo válidas.

He vuelto a la civilización, al continente de las luces encendidas, pero las imágenes, los sonidos, los colores y las brumas de China, de la inmensa China que durante los últimos meses ha sido mi casa, se rebelan contra la realidad física de mi presencia aquí y me envenenan los pensamientos.

Todavía desconozco cuánto de ese mundo inabarcable he traído conmigo para siempre y cuánto de mí he dejado allí. Desde mi mesa abarrotada de mapas, cuadernos y billetes de trenes y de barcos, trato de contestarme qué es ese continente que se niega a abandonarme.

Mientras repaso mi diario, levanto la vista y me desborda la claridad que entra por la ventana. Pocos días en mi viaje he visto tanta luz. China, salvo los occidentalizados barrios modernos de las grandes urbes, es un país envuelto en una oscuridad leve, en velos de niebla, humo de carbón, polvo del desierto y ausencia de electricidad. Pero la mayor tiniebla es nuestro prejuicio. Hemos inventado un país peligroso de personajes enigmáticos y prostitutas novelescas. Y su aislamiento ha contribuido a alimentar esa ignorancia.

Levanto la vista y esa oscuridad que no deslumbra, que no ofende, es la que anhelo. Ahora, cuando no sé soñar sin que la memoria me traicione y me lleve allí de vuelta, descubro que por mucho que regrese jamás volveré a la misma China.

China es una tetera gigante de hierro viejo a la que le han puesto una válvula occidental. Un termo en el que bullen millones de funcionarias, bicicletas, soldados, viejos con traje Mao, hijos únicos mimados, cacerolas de bambú que llenan el aire de vapor, policías, vendedores de nada, callejones atestados, avenidas con café expreso, cultivos minúsculos, pitidos, jugadores callejeros, barro, campesinos famélicos, coches de cristales tintados, vendedores infantiles, templos, mitología y optimismo.

China es un millón de mundos metido en un remolino del Yangtsé, un universo que se prepara para ser competitivo y moderno y, en un mes, sustituye un centenar de casas de madera levantadas según la doctrina del *feng shui* por un puñado de rascacielos sin alma. Hace un cuarto de siglo, hablar inglés era delito y hoy los jóvenes que han cumplido esa edad se obsesionan por aprenderlo.

China cambia a cada instante y, como consigna de nuevo milenio, se ha lanzado a un mercado salvaje. Por eso nunca volverá a ser lo que siempre ha sido, lo que en las tierras ajenas al turismo y al mercado global es todavía. Quizá, sólo por un instante. Sus mil trescientos millones de habitantes se preparan para despedirse del pasado y de millares de los mitos que durante cincuenta siglos los han alimentado. Mil trescientos millones de personas se aprestan a decir para siempre, igual que yo dije ayer, adiós a China.

Para decir adiós, antes hay que haber dicho *ni hao*, haberla saludado. Y ahora que escribo, rememoro qué fue lo que me llevó a mí –que tengo poco de nómada, que cuando cambio de ciudad busco enseguida un café, un restaurante o un bar que me sirva de referencia, de hogar prestado– a convertirme en un viajero, a recorrer durante meses 14 000 kilómetros de su piel.

Hace unos años, un diario me encargó una serie de relatos. Todos poseían un alma común: sus protagonistas, quijotes a la manera de los personajes de Bohumil Hrabal, habían abandonado su tierra natal, una Galicia inven-

tada, y, tras un tiempo o una vida fuera, habían regresado: pobres, locos, nostálgicos o enamorados sin remedio, pero felices a su manera por haber seguido sus orgullosos ideales, inconscientes de su propia incapacidad de adaptación.

En realidad, escribí uno más de los que se publicaron: el primero se llenó tanto de palabras que no cabía en las páginas del suplemento al que iba destinado. Contaba la historia de Elisardo Ramos, un carpintero de ribera que, por un laberinto de azares, llegó a la China de 1920 y vivió treinta años –hasta la fundación de la República Popular– en el lago Boyang, el mayor de agua dulce del país.

Hasta que escribí ese relato, tenía poco más conocimiento (o desconocimiento) de China que lo que cuentan los cómics de *Tintín* y los reportajes de las revistas. Una vez que concluí los otros, volví a este y, a medida que la narración de mi carpintero crecía, comencé a buscar documentación para no naufragar en la historia ni en el lago.

De historia fueron los primeros libros que leí; más tarde, los busqué de poesía, mitología y literatura. Quedé tan sorprendido que me matriculé en clases de chino y decidí emprender un largo viaje al país al que, tres cuartos de siglo antes, había llegado Elisardo Ramos. Quizá podría encontrarme a alguien que lo hubiera conocido. Por eso, ahora que he vuelto, cuando me preguntan por qué viajé a China, contesto que fue él quien me llevó.

La vida del carpintero es hoy una novela pendiente de corrección porque, a mediados de 1999, que fue el plazo

que me había dado para revisarla, lo traicioné y me fui a Pekín, donde comencé mi viaje.

LO QUE QUEDA DE CAMBALUC

Cuando llego al hotel, buscan mi nombre en el libro de reservas, pero no existe nada que se parezca a mi apellido. Había hablado tres veces desde España con alguien de recepción, «pero nunca con la persona adecuada». No importa. Ese error me confirma que he elegido bien. Mi hotel es un viejo *binguan*, una de las casas de huéspedes que nacieron antes de que la Apertura «abriera» las puertas a las inversiones extranjeras.

En Pekín, como en todas las grandes ciudades, se han instalado los lujosos hoteles internacionales, de forma que uno puede dormir en una cama idéntica a la que encontraría en Nueva York, degustar un almuerzo clónico del que desayunaría en París, hablar con la recepcionista en similar inglés al que escucharía en Lisboa, tomar una copa del mismo brandy que paladearía en Moscú y, finalmente, abandonar Pekín sin haber pisado China.

Aunque tuviera dinero suficiente para costearme esa asepsia, jamás lo haría en un viaje a China. Creo que la cultura de un país es, entre otras cosas, lo que come y dónde duerme. Por eso, mi primera promesa es alojarme sólo en hoteles baratos. La segunda, no subir ni a un solo avión: creo también que a una tierra la definen sus trans-

portes y quienes los pueblan tanto como los destinos a los que se arriba. Un avión siempre encierra –aunque rápido, para ocultárnoslo– algo de mentira.

—¿Quiere una habitación doble, o sencilla?

—La más barata.

Pago por adelantado y, en vez de llave, me entregan un viejo papelito plastificado con el número de mi habitación: algo que se repetirá en casi todos los hoteles en que me aloje. Bajo unas escaleras y cruzo un corredor oscuro. En la esquina, sentada, una especie de cancerbera vestida de gris sastre me para, mira el papelito y me indica un nuevo pasillo. Desciendo otros escalones con mi salvoconducto y la segunda guardiana de la seguridad, que recuerda a las carceleras de las películas, me abre la puerta. Vacía el termo en lo que un día fue la moqueta del pasillo, lo llena de agua hirviendo y lo deja en mi mesa, sobre la que descansan las normas para huéspedes.

Mi cuarto respira por un ventanuco en lo alto, abierto a un callejón de ruidos y fritangas desde donde veo panto-rillas y ruedas de bicicleta, los pies de China. Me tumbo en la cama, me preparo un té y leo las reglas del hotel, tres páginas de prohibiciones gubernamentales: hacer fuego, cocinar, fumar en la cama, invitar a personas después de las once de la noche... Más tarde, no en mi viejo *binguan* sino en hoteles de más categoría donde ofrecen masajes, comprobaré que la lista –resumida– de prohibiciones aparece bajo epígrafes más amistosos como «normas de seguridad personal» o leyendas por el estilo.

La prohibición de recibir huéspedes después de las once, además de buscar beneficios económicos –dos personas, dos tarifas– es un intento de evitar la prostitución; de evitarla oficialmente: aunque prohibida, se destila en karaokes, hoteles con estrellas y algunos restaurantes.

Una amiga china me contó que aún es ilegal que un, o una, occidental mantenga relaciones sentimentales con un ciudadano chino, aunque ya no se expatria ni se encarcela a nadie por no respetar esa norma.

Cuando camino por Pekín, descubro que todavía muchos chinos se dan la vuelta para mirar a las escasas parejas mixtas que pasean.

En el pequeño restaurante en el que ceno, todos me miran sin disimulo, levantan sus copas y se ríen. Saco un folleto con datos útiles para el viajero y leo: «En 1950, Mao Zedong decretó la igualdad de sexos. Permitted que las mujeres solicitaran el divorcio y prohibió la prostitución».

Medio siglo después, cuando las leyes y las costumbres se han abierto, se detiene cada año a medio millón de mujeres por practicar este oficio, una actividad rentable en Occidente y en Oriente, hoy y en el siglo XIII, cuando Pekín se llamaba Cambaluc y era la capital del gran Imperio mongol. En su *Libro de las maravillas*, Marco Polo describe la impresión que le causaron aquella maravillosa y rica tierra y sus habitantes. Entre ellos, las prostitutas:

Dentro de la ciudad, no se atrevería a vivir ninguna pecadora, es decir, las mujeres públicas que prestan sus

servicios a los hombres por dinero; todas ellas viven en los arrabales. Y sabed que hay tal multitud de ellas que nadie podría creerlo, y os digo que son por lo menos veinte mil, que todas sirven a los hombres por dinero y todas sacan su subsistencia de ello. Y os digo también que hay tantas debido al gran número de extranjeros y de mercaderes que a la ciudad van y llegan cada día. Tienen un capitán general [...] por esta razón: cuando los embajadores van en busca del Gran Kan para sus asuntos [...] ese capitán está para proporcionar a los citados embajadores y a todos los de su séquito una ramera cada noche.

Termino acalorado mi pollo con cacahuets mientras mis vecinos brindan, cada vez más alegres, por mí. Una carpa inmensa salta de la pecera y cae al suelo con estrépito. Los bebedores me olvidan un instante y aprovecho para escabullirme. Me espera Cambaluc.

Los primeros días que paso en Pekín vagabundeo solo por las calles. La primera sensación que me invade es la de naufragar entre una multitud de multitudes: una por avenida, por barrio, por mercado. Nunca he visto tanta gente: miles de personas que andan, corren en bicicleta, comen en la calle, venden y se esquivan.

Tengo una forma de recorrer las ciudades nuevas: me fijo en alguien durante un rato, lo sigo unos centenares de metros y en cualquier esquina cambio de objetivo, de guía. Cuando me canso, paro a comer. Cuando me pierdo sin remedio, salgo a una calle grande y busco un taxi.

Así entro en mercadillos y me meto, cuando no me detienen, en los *hutongs*, los callejones estrechos en los que la vida discurre de forma pobre y tradicional: hay casuchas atestadas de trastos, con la puerta abierta que deja ver una o dos habitaciones, sin baño ni cocina, con los fogones en el exterior, cubiertos de teja o uralita, que comparten varios vecinos. Los dormitorios dan a un muro ciego que, en ocasiones, en esta urbe que cambia cada día, es la pared trasera de un edificio moderno. Los callejones ocupan el entramado de la ciudad vieja, pero serpentean también a sólo unos metros de las grandes avenidas surcadas de *fast foods* de franquicia o americanizados, recorridas por los cochazos de cristales tintados de los jefazos militares, los cuadros del Partido y los nuevos ricos.

Cuando paseo por el este y por la avenida Jianguomenwai, sufro un espejismo: siento que China, o al menos su capital, es un lugar rico. Desfilo ante hoteles de cinco estrellas, centros comerciales de carísima moda europea y lujo. Pero es falso. En un país hiperpoblado donde viven cerca de 1 300 millones de personas, que haya un millón de ricos y cuarenta millones de miembros de la clase acomodada sólo significa que el 96% de la población no es ni una cosa ni otra. Y en una ciudad con tantos habitantes, los coches, por pocos que los posean, llenan las calles; y las tiendas a la occidental son un lugar donde pasar el fin de semana sin necesidad de gastar. Además, al contrario que en otros países, los potentados se exhiben sin reparo. Una noche escribo el retrato robot del nuevo rico:

Peinan a raya con la nuca cortada a navaja; cuidan mofletes y papada; llevan cazadora de cuero o traje planchado de su talla (la mayoría de los chinos viste chaquetas varias tallas superior, bajo la que meten jerseys y camisetas). Se plantan en la calle y miran con desdén. Luego suben a sus audis, buicks y mercedes y saben que los demás –ciclistas, peatones– pararán para que pasen si no quieren morir atropellados.

Pero lo que más me llama la atención son sus mujeres: jóvenes, hermosas, elegantes, siempre un paso más atrás que sus hombres a punto de cumplir los cincuenta.

—¿Todos se casan con jóvenes, o todas son segundas nupcias?

Se lo pregunto al profesor Yang, catedrático de español en la universidad, que me guía varios días por el maremágnum de Cambaluc.

—En esta clase social se han puesto de moda las concubinas. No son como las antiguas, son amantes. Vienen de provincias y ellos les ponen un piso. A veces viven varias en el mismo piso. Es un signo de distinción entre los hombres de la clase alta.

—¿Sólo aquí?

—En las grandes ciudades. Hay más en Hong Kong.

Vivir en la capital –Beijing significa «Capital del Norte»– o en la ciudad, representa el sueño de muchos millones de habitantes de la China rural. Pero las leyes lo prohíben: si les dejaran el paso libre, los trece millones de pobladores se multiplicarían y crearían el caos. Sin

embargo, son decenas de miles los que cada año burlan la ley. Muchos de estos balseros de interior son campesinos cuya tierra no les da para vivir: ellos encuentran subempleo en la construcción –andar por China es andar por una urbanización infinita a medio construir– hasta que alguien los denuncia. Sus mujeres se emplean como *ayís*, asistentes internas. No viven con sus maridos –que con frecuencia son obligados a regresar a su lugar de origen–, sino en las casas de familias acomodadas y occidentales. Las chicas jóvenes se hacinan en habitaciones arrendadas y trabajan de limpiadoras o de cocineras callejeras y las más hermosas, con menores escrúpulos y mayores ambiciones materiales, encuentran trabajo como señoritas de compañía en karaokes o se convierten en nuevas concubinas. Confían en casarse en segundas nupcias con sus amantes antes de que la belleza se les marchite, para evitar volver a su provincia. Cambaluc cambia, pero la historia se copia a sí misma.

—¿Ha vivido siempre en esta ciudad, profesor?

El profesor Yang no vivió siempre en Pekín. Cuando tenía 16 años, lo mandaron al campo para que se reeducara con los campesinos. Era el más trabajador, el mejor a la hora de sembrar y recoger las coles. Por eso, cuando tras la Revolución Cultural reabrieron la universidad, lo devolvieron a Pekín para que estudiara. Él no eligió su carrera. Le asignaron estudiar español, aunque entonces desconociera qué era España. Una vez que empezó a aprenderlo, le gustó.